

Siglo XIX: El convencionista Isnard

S.D. (Bogotá, 3 de noviembre de 1865, año II, Núm. 10. *La Caridad*)

Un miembro de la *convención*, afiliado al partido *girondino* y que excedía a todos ellos en odio a la religión y sus ministros¹, Isnard, lanzado a su vez de la fatal tribuna y perseguido por la proscripción, vivía en una cueva subterránea, junto al mismo foco de la revolución². En semejante estado, oyendo a su alrededor los rugidos de la muerte, *habitando las cavidades de la tierra*, como él mismo dice, «falto de todo, pudiendo ser impunemente asesinado, ignorando la suerte de la familia, temiendo de continuo verse conducido al suplicio sin ser juzgado ni oído, como al animal que arrastran al matadero, a la víctima del altar»; en semejante estado, repetimos, se obró en él una revolución moral cuyas afecciones más íntimas sofocaron todo el estruendo y terror de lo que tenía al mundo conmovido sobre su cabeza. *Existencia de Dios, inmortalidad del alma, necesidad de la virtud, divinidad del cristianismo y completa fe en sus misterios*; he aquí los grandes problemas que surgieron del fondo de aquella inteligencia solitaria, y a cuya solución se dedicó con una diligencia que él mismo compara con Arquímedes en medio del saqueo de Siracusa. Removiendo en el interior de sí mismo las cenizas de su pasada vida, se le aparecieron algunas chispas de fe, preciosos restos de una educación maternal. ¡Cuán poderosa es la fidelidad de la voz del cielo! Con estos débiles recursos, aquella alma, cuya actividad se había replegado dentro de sí misma como un volcán, que ha vomitado toda su lava, emprendió la prodigiosa tarea de reconstruir, enteramente solo, todo el edificio de la verdad religiosa, y de volver a la fe de sus primeros años por medio de inmensos trabajos filosóficos. Lo logró muy pronto; y los treinta y tres años de vida que le concedió el cielo después de aquel venturoso día, fueron un prolongado suspiro de piedad y arrepentimiento³. Pero lo que más debe llamar nuestra atención es que, gracias al buen sentido filosófico y a la rectitud de corazón, que a pesar de sus extravíos ha-

bían constituido siempre el fondo de su naturaleza⁴, conoció desde luego que el buen éxito no era posible y que su empresa era insensata sin una condición a la cual se doblegó francamente, y que nunca dejó de cumplir como uno de los elementos más esenciales de sus investigaciones: esta condición... *era la oración*.

Es preciso dejarle hablar a él mismo, pues nada puede reemplazar el lenguaje de la experiencia expresada por el mismo corazón que la ha sentido:

«El decreto que me puso fuera de la ley pareció ponerme igualmente *fuera* de las penas de la vida, e introducirme en una existencia nueva y *más real*. Si nunca hubiera sido proscrito, arrastrado como tantos otros por una especie de torbellino, hubiera continuado existiendo sin conocerme, y hubiera llegado a la muerte sin saber que había vivido. Mi infortunio me obligó a hacer una pausa en el viaje de la vida y entre tanto me miré, me reconocí, y vi de donde venía, a dónde me dirigía el camino que llevaba andando y el que me faltaba recorrer, los falsos senderos que había seguido y lo que me convenía emprender para llegar al término verdadero.

»Me es enteramente imposible pintar los purísimos goces que me proporcionaron aquel silencio aquel recogimiento absoluto, aquella continua posesión de mí mismo, aquel estudio sostenido de mi ser, aquellos frutos de sabiduría e instrucción que sentía producirse dentro de mí, aquel abandono de la tierra, aquel alejamiento desde donde percibía y juzgaba las criminales locuras de los hombres, aquella adoración sincera y siempre creciente de la virtud, aquella elevación intelectual hacia los objetos grandes y sublimes, y sobre todo hacia el *Autor* de la naturaleza, y aquel culto libre y puro que sin cesar le dirigía.

»Mis opiniones sobre la inmortalidad del alma y sobre los demás puntos de la metafísica religiosa, no son, como tal vez podría creerse, efecto de la vivacidad de mi imaginación ni de la sensibilidad de mi alma: son fruto de la más profunda reflexión, y aún puedo decir que habrá pocos hombres que se hayan encontrado, como yo, en situación de reflexionar; ventaja que debo a las cala-

¹ Desde que hubo entrado en la Asamblea Legislativa, se pronunció contra los emigrados y eclesiásticos con un furor inaudito, y con una elocuencia, que podríamos llamar delirante, procuró sublevar a la nación, contar dos clases tan respetables. En la sesión de 14 de noviembre de 1791, después de furiosas diatribas contra los sacerdotes, que granjearon los aplausos de todos los más ardientes que ocupaban las tribunas públicas, los provocó de nuevo, exclamando con acento de cólera todavía más visible: la ley, este es mi Dios, *no conozco otro...* Esta blasfemia excitó, no obstante, algunos murmullos en la Asamblea; y contra lo acostumbrado, no se decretó su impresión. Más aún; el orador se vio obligado al día siguiente a escribir a todos los periódicos sincerándose de la sensación de ateísmo que se le había hecho (Biografía Universal)

² En el arrabal de San Antonio.

³ Entonces (en 1797) se le vio volver a entrar en el seno de aquella misma religión que tan violentamente había ultrajado, y en lo sucesivo, su conducta edificó siempre a sus conciudadanos. Murió por los años 1830, dando evidentes señales de una piedad y arrepentimiento verdaderamente ejemplares (Biografía Universal)

⁴ Isnard era de constitución vigorosa y de temperamento sanguíneo, y su violenta fogosidad más bien se explayaba en palabras que en acciones. Arrastrado por una imaginación exaltada, no era ni tenaz ni constante en sus opiniones y arrebatos. Era además honrado y probo, y durante su permanencia en París, antes y después de su carrea legislativa, frecuentó muchas casas de banqueros y comerciantes que nunca fueron partidarios de sus opiniones revolucionarias (Biografía Universal)

midades de la revolución. Proscrito, condenado por un acto de adhesión a mi Patria⁵, la Providencia, sin obligarme a dejar París, me detuvo prisionero en un retiro aislado, desde el cual no veía más que el cadalso levantado a mi espalda, y delante de mí, sol, la noche y la naturaleza; y no teniendo otro consuelo en la tierra que pensar en Dios, en mi alma y en la religión, me entregaba exclusivamente a una meditación que duró dieciséis meses, y que me ocupaba quince horas diarias. Nunca se reflexiona más profunda y seriamente que al pie del cadalso.

»Volví a encontrar en el fondo de mi corazón los gérmenes religiosos que una sana educación había sembrado en él desde la infancia, y que largo tiempo sofocados por la prosperidad, revivían ahora bajo la acción del infortunio.

»Pero aunque mi alma se sentía atraída hacia la religión, *mi entendimiento se negaba a meditar* en sus dogmas y misterios, que me parecían absurdos. No podía creer en ellos porque no había sabido explicármelos.

»Los que en materias religiosas sometieron una vez al rígido examen de su débil razón lo que tantas otras personas más cuerdas creen sin discurrir sobre ello, no saben ya encontrar *verdadero* sino lo que pude demostrarse hasta el punto de satisfacer plenamente su convicción. Quieren que absolutamente todo se les pruebe, y yo me hallaba en este caso. En semejante situación es preciso que esos escépticos permanezcan extraviados en el laberinto de la metafísica, o bien que a fuerza de meditación y de filosofía, lleguen a levantar casi todos los velos del santuario y a recorrer todo el círculo de los conocimientos religiosos, para encontrarse al fin con los ojos abiertos y una antorcha en la mano, en el mismo paraje en que los hubiera dejado tranquilamente la fe con los ojos vendados.

»Felizmente yo he recorrido el círculo; pero más feliz aun es el que no tiene necesidad de dar la vuelta al mundo para volver al mismo punto de donde ha salido.

»Emprendí la larga peregrinación del pensamiento con un corazón lleno de celo y un espíritu alucinado, pero enteramente resuelto a no descansar un momento hasta haber encontrado la verdad. El que me había inspirado esta resolución, me mantuvo en la perseverancia».

Cada una de las palabras que siguen jamás serán bastante meditadas. No es un teólogo que aduce reglas *a-priori*; es una alma recién llegada de muy lejos, que refiere su viaje, y señala a las

⁵ Isnard había sido puesto fuera de la ley por un decreto especial. Se había atraído a esta distinción respondiendo como Presidente de Ayuntamiento en París, que pedía con amenazas la libertad de Marat, que «si París atentaba contra la Convención Nacional, pronto se buscaría en las riberas del Sena, donde había existido París» (Biografía Universal)

almas flotantes todavía lejos del puerto, como ella lo ha estado también, los canales de la verdad.

«Desde luego, comprendí que, en materias religiosas, la solución de la verdad depende menos de los esfuerzos de nuestro talento que de la disposición de nuestro corazón; que acerca de la cuestiones que corresponden al sentimiento tanto como a la inteligencia, la ciega razón se extravía y cae queriendo marchar sola con presuntuoso paso; que es necesario que la virtud le preste el firme apoyo de su brazo, y que solo la caridad puede romper la venda que tienen puesta sobre nuestros ojos el vicio y el error. Reconocí que en medio de la oscura noche de la metafísica religiosa, *la verdad solo se manifiesta por medio de centellas que es preciso aprovechar, y como una llama, a quien la humilde oración da pábulo y el orgullo extingue*. Esta es la razón porque hay tan pocas personas aptas para cultivar esta ciencia, mientras abundan las que se dedican con feliz suceso a las demás. *Empecé, pues, por orar*, y de este modo, más en relación con Dios, me hice mejor, y me sentí más tranquilo, más superior al infortunio y *más apto para discernir la verdad*»⁶.

⁶ Isnard, De la inmortalidad del alma, 1802. Véase también el Ditirambo sobre la inmortalidad del alma, 1805, que se imprimió seguido de una nueva edición del discurso anterior.